

»digna de ser su madre.» (1) En efecto, aunque niño aún, Francisco de Sales era ya como el apóstol y director de su virtuosa madre. Si la veía afligida, la consolaba diciéndola: «Recurramos á Dios, madre mía, y él nos sostendrá.» Si la oía esclamar en medio de la multitud de negocios que la rodeaban: ¡Ay! Dios me ayude; «¡oh! eso está bien dicho, madre mía, replicaba: decidlo á menudo, pero decidlo del fondo de vuestro corazón, y vereis cómo Dios nos ayudará.» (2) Así, el que debía ser un día el consolador de tantos afligidos, dió principio á su ministerio casi al empezar á hablar.

CAPITULO II.

Sus primeros estudios.

(De 1573 á 1580.)

Francisco de Sales habia cumplido ya seis años y no sabia aún leer, pero deseaba vivamente aprender; hojeaba los libros que encontraba, examinaba las letras procurando leerlas, y cuando su nodriza iba á verle, la instaba para que pidiese á sus padres le instruyeran, prometiéndole, si lo conseguía, la mas magnífica recompensa que en su imaginación de niño podia ocurrírsele. «Cuando sea un hombre, le decia, os haré todos los años un vestido de paño rojo.» (3) El Señor de Boisy, para secundar un acto tan loable, resolvió enviarle á estudiar al colegio que se habia fundado recientemente en la pequeña ciudad de la Roche, que distaba siete kilómetros del castillo de Sales. El corazón maternal se estremeció con esta noticia; la Señora de Boisy temió por la salud de su hijo, y aún mas por su virtud. Esta madre cristiana no ignoraba cuántos escollos ofrecen á los niños las escuelas públicas, y aunque la emu-

(1) Dep. de la Madre Chaugy.

(2) Dep. de Francisco Favre, etc.

(3) Recopilacion de la Madre Greffier, p. 8.

lacion podia apresurar los progresos, hubiese preferido mas ver á su hijo menos sábio con un maestro que le enseñase en particular, que menos virtuoso con mas ciencia. Pero el Señor de Boisy se mantuvo firme, temiendo que su esposa, que amaba apasionadamente á su hijo, escuchando demasiado las inspiraciones de su ternura, llegase, contra su intencion y resoluciones primeras, á echarle á perder á fuerza de cuidados y atenciones delicadas. Le hizo pues partir para la Roche, donde esperaba que el niño tendria una educacion mas varonil y mas digna de su nacimiento (1). Sin embargo, no olvidando lo que la religion le prescribia con respecto al alma de su hijo, le destinó para guarda de su inocencia un preceptor virtuoso é instruido, llamado Pedro Batailleur, cuya mision era vigilar todos sus pasos y relaciones, y cultivar aquel rico tesoro de naturaleza y de gracia. Además, como sabia que nadie podia reemplazar los consejos y la presencia de un padre, iba todas las semanas á la Roche, examinaba detenidamente la conducta del niño, comprobaba sus progresos y buenos sentimientos, le daba consejos, le llevaba á comer al castillo de Sales, y le hacia pasar allí algunos dias con el fin de recompensar sus adelantos, y avivar su ardor por la virtud al calor de las exhortaciones maternas (2).

Dócil á tan sábios consejos, el jóven Francisco aprendió bien pronto á leer y á escribir, y pasando de esto al estudio de la gramática francesa, la aprendió igualmente en pocos meses. Entonces pudo, con grande alegría suya, empezar el estudio de la lengua latina, en la que sobresalió tambien. Entre tanto, si admiraba á sus maestros por sus rápidos progresos, mas los admiraba aún por su virtud.

Toda la ciudad contemplaba con sorpresa á este niño tan modesto, tan cándido y piadoso: jamás se vió tanta virtud y gracia en una edad tan tierna, bastando verle para sentirse inclinado á obrar el bien. Los señores que

(1) *Casa de Sales*, p. 187.

(2) De Cambis, vol. 1, p. 60.

vivian en las inmediaciones llevaban sus hijos á la Roche para que contemplaran á aquel ángel de la tierra, exhortándolos á imitar tan hermoso modelo (1). Allí, como en el castillo de Sales, su mayor placer consistia en los ejercicios de piedad; en la casa que habitaba se habia formado un pequeño oratorio, donde se retiraba á orar lo mas á menudo posible (2).

Dos años pasaron así, despues de los cuales el Señor de Boisy, movido por razones políticas que no entra en nuestro plan esponer, dejó la morada del castillo de Sales para ir á habitar el castillo de Brens, en Chablais. Obligado por esta medida á retirarse de la Roche, creyó debia llevar á su hijo y reunirlo con los tres niños de Luis de Sales, su hermano, que estudiaban en el colegio de Annecy. La partida del santo niño fue mirada como una calamidad para el colegio y la ciudad. Se iba, decian, la bendicion del uno y de la otra; y mucha gente le acompañó hasta fuera de puertas derramando lágrimas de sentimiento.

El joven Francisco mostró en Annecy el mismo ardor por la virtud y la ciencia que en el colegio de la Roche; y como con la edad se iba desarrollando su corazon y su inteligencia, se hizo notar allí mas aún. Desde que se le veia admiraba la compostura de su exterior y de todas sus acciones: sus vestidos, aunque sencillos, estaban siempre perfectamente limpios, y graciosamente arreglados en su persona; sus cabellos en orden sin sombra de presuncion; su aire modesto y tranquilo sin nada de afectado; todo su aspecto lleno de dignidad, compostura y gracia (3). Veia á sus condiscípulos correr locamente con un aire disipado, y aun á veces en los grades calores del estío, descubrirse el pecho para refrescarse; pero este ejemplo no le hizo faltar á la compostura y perfecta reserva que se habia prescrito, con lo que edificaba tanto á todos, que á menudo

(1) Dep. de la Madre Chaugy.

(2) Dep. de Rendu y Lacroix.

(3) El P. la Riviere, p. 22.

esclamaban: «Mirad este niño, ¡qué hermoso es y qué amable! Si Dios le conserva la vida, será un dia el ornamento y la gloria de su familia.» (1)

Sus adelantos en las clases contribuian á aumentar la estimacion general. Durante los cinco años que estudió en Annecy la lengua latina y las humanidades, sobresalió constantemente entre sus condiscípulos, obteniendo siempre los primeros puestos en los exámenes, y al fin del año los principales premios. A esto se hacia acreedor, tanto por su talento como por su aplicacion, pues era tan laborioso que se levantaba muy temprano para estudiar, y tan avaro del tiempo durante el dia, que economizaba todos los momentos temiendo perder una pequeña parte; siendo preciso una orden de su preceptor para arrancarle de los libros. Si traducia los autores latinos, se le veia á veces inmóvil una hora entera con cuatro ó cinco frases, ocupado en buscar la mejor espresion ó la mejor construccion de ella. Si leia, acompañaba esta lectura de una detenida reflexion, recogiendo en sus cuadernos las sentencias mas notables y los trozos que le parecian mejor escritos, para servirse luego de ellos en sus composiciones (2). Si asistia á la clase, escuchaba con ávida atencion todo lo que enseñaba el maestro. Su inteligencia viva y penetrante lo comprendia prontamente, y su feliz memoria lo retenia con no menos fidelidad. Por eso sus maestros le profesaban un especial afecto; á menudo tenian gusto en hacerle declamar trozos de elocuencia ó de poesía, y siempre lo desempeñaba con una gracia tan perfecta, una accion tan noble y majestuosa, una voz tan clara y sonora, un conjunto tal, en fin, que hacia presagiar lo que sería un dia; pero al mismo tiempo con una modestia, que daba bien á conocer cuán lejos estaba de complacerse en los aplausos que le granjeaba su mérito. Su virtud era ya superior á una edad tan delicada.

(1) Carlos Aug., p. 5.

(2) Idem, ibid.

Se le ponía ya por modelo. Tanto los maestros como los discípulos le admiraban y le respetaban; su sola presencia contenía dentro del deber á los que deseaban hacer el mal. Así que le veían venir, se decían: «Estemos con juicio, porque viene el santo;» suspendiendo las riñas y las disputas, á veces hasta las niñerías y ligerezas (1); y si alguno llegaba á olvidarse, permitiéndose un juramento, una mentira, un lenguaje poco conveniente, el santo niño le reprendía al punto con una dulce gravedad, rogándoles afectuosamente que velasen sobre sus palabras. No contento con impedir á sus condiscípulos el hacer el mal, los inclinaba al bien, tanto con sus palabras como con sus ejemplos, con una discrecion tan amable que todos se complacían con su conversacion, y al mismo tiempo con tanta eficacia, que muchos aseguraron despues, que si habian tenido alguna piedad, alguna virtud, eran deudores de ella, despues de Dios, á sus exhortaciones (2). En los paseos que daba con ellos, se apartaba con algunos á un bosque solitario, ó á la sombra de un frondoso árbol, y allí, poniéndose de rodillas, recitaba y aun á veces cantaba con ellos las Letanías de la Santísima Virgen; despues de lo cual, desempeñando ya las funciones de predicador, los exhortaba á huir las ocasiones del pecado, á practicar la virtud, y terminaba ordinariamente su pequeña alocucion con estas palabras ú otras semejantes: «Aprendamos desde temprano, amigos míos, á servir á Dios y á bendecirle, mientras nos dé tiempo para ello.» (3) Otras veces les contaba rasgos edificantes que habia leído en las vidas de los santos, cuya lectura hacia su mas dulce recreacion, y los animaba á imitar estos hermosos ejemplos (4).

El brillo deslumbrador de su virtud, segun se espresa un testigo ocular, obligaba á respetar estas lecciones de un niño, moviendo á ponerlas en práctica por los encan-

(1) El P. la Riviere, p. 22.

(2) De Maupas, p. 16.

(3) Carlos Aug., p. 6 y 7.

(4) De Maupas, p. 17.

tos con que embellecía su caridad. No habia un solo condiscípulo á quien no amase con toda su alma, y al cual no procurase dar gusto á espensas de los suyos propios: sus alegrías, lo mismo que sus penas, eran tambien suyas. Las correcciones que les imponian enternecian tanto su corazon, que hubiese deseado ser castigado en su lugar, y varias veces obtuvo realmente este favor. Habiendo sido un dia uno de sus primos, Gaspar de Sales, condenado á recibir azotes, por lo cual lloraba y clamaba á los pies de su maestro, lleno de compasion se colocó entre este y el pobre niño, pidiéndole con instancias sufrir la pena del culpable. El maestro encolerizado le rechaza, Francisco insiste, é impacientado con sus instancias acepta la oferta; Gaspar se retira, y el inocente es duramente castigado en lugar del culpable. El santo niño recibió este castigo con admirable dulzura; y cuando al salir de la clase oyó las murmuraciones de sus condiscípulos indignados, tomó la defensa del que le habia castigado, diciendo que no habia hecho mas que condescender á su peticion (1).

No era solo con sus condiscípulos con quien manifestaba tan gran bondad de alma, sino que esta se hacia visible en toda su conducta. Habiéndole un dia comprado su criado un par de guantes por menos del precio pedido, y protestando el vendedor, como es costumbre, al entregarlo, que perdía: «¿Cuánto, le dijo el niño, perdeis en ello?—»Tal cantidad, respondió este.—Pues bien, aquí la teneis,» añadió Francisco sacándola del fondo para sus gastos menudos. Otra vez atravesando un puente que se acababa de reparar, en donde el obrero que habia hecho el trabajo exigía de los que pasaban una módica retribucion por precio de su fatiga, se apercibió de que su criado no daba nada, sin duda porque los nobles estaban exentos de esta contribucion. «Y qué, dijo el niño, ¡estas pobres gentes sudan y se afanan por servirnos y no les hemos de pagar nada!

(1) El P. la Riviere, p. 23.

«Esto no es justo.» Y diciendo estas palabras sacó de su bolsillo particular la contribucion comun, y la entregó al obrero con una gracia que realizaba aún mas el precio de la buena obra (1).

En el ejercicio de tantas virtudes llegó para el jóven Francisco el año tan deseado de su corazon, el año de su primera Comunión. Aún no habia contado diez años, y ya fué juzgado eminentemente digno de esta gracia. La hizo en la iglesia de los Dominicos de Annecy, y para colmo de felicidad, recibió el mismo dia la Confirmacion de manos del célebre Angel Justiniani, Obispo de Ginebra (2). Ya este ilustre prelado conocia al santo niño; mas de una vez habia admirado su candor, su piedad, su modestia, y le habia llamado el *ángel visible de la patria*; pero aquel dia, mas admirado aún del aire celestial que brillaba en su rostro, le dirigió en la Confirmacion, dicen los historiadores, palabras *llenas de dulzura y de felices presentimientos*, asegurando que aquel jóven, si Dios le conservaba la vida, sería un personaje insigne, una gran lumbrera de la Iglesia, y la maravilla de su tiempo.

El joven Francisco, fortificado con estos dos grandes sacramentos que acababa de recibir, redobló el celo por su santificacion, y cada dia se le veia crecer tanto en piedad como en ciencia. Ya estaba completamente desprendido del mundo, y no tenia en el corazon mas que un solo de-

(1) Carlos Aug., p. 6.—De Maupas, p. 14.

(2) Angel Justiniani habia nacido en Génova en 1520, de una familia ilustre. Despues de haberse distinguido en la enseñanza de la Teología, predicado con mucho éxito en varias ciudades de Italia, y asistido al concilio de Trento en calidad de primer doctor en Teología de la Orden de San Francisco, á la cual pertenecia, fué en 1568 nombrado Obispo de Ginebra. Mas celoso que sus predecesores, que no residian en la diócesis desde que Ginebra habia espulsado á su Obispo, fijó su residencia en Annecy, y trabajó valerosamente en combatir la herejía y establecer en todo su vigor la disciplina del concilio de Trento; pero fatigado por las oposiciones que encontró, cambió su obispado por el priorato de Talloires, ocupado entonces por el P. Granier. Allí tambien, fatigado por los obstáculos que encontró en la reforma del monasterio, se descargó del priorato y se retiró á Génova, su patria, donde murió el 22 de febrero de 1593. (Mem. de Besson, p. 60.)

seo: el de consagrarse enteramente á Dios en el estado eclesiástico. Se lo descubrió á su padre, y habiéndose informado de que en la ausencia del Obispo Justiniani, Monseñor de Bagneray debia conferir órdenes solemnemente en Clermont (condado de Ginebra), le pidió permiso para ir á recibir allí la tonsura. El Señor de Boisy, que le destinaba á la magistratura, y esperaba de su prematura discrecion que sería un dia el mas brillante ornamento del senado de Saboya, no quiso consentir al principio; pero viendo las instancias de su hijo y la pena profunda que le causaba su denegacion, considerando además que este proyecto de niño se desvanecería con la edad, con tanta mayor facilidad cuanto que, por un abuso comun en aquella época, los clérigos no llevaban entonces el traje eclesiástico, acabó por darle su consentimiento. Francisco partió lleno de alegría para Clermont, y el 20 de setiembre de 1578 recibió la tonsura, á la edad de once años.

Esta circunstancia fué causa de que descubriese en su corazon una inclinacion secreta de que aún no se habia dado cuenta. Habia conservado hasta entonces sus hermosos cabellos rubios, que le caian graciosamente sobre los hombros, y segun la ley eclesiástica no podia recibir la tonsura sin cortárselos. Sintió al pronto una fuerte repugnancia, pero bien pronto hizo el sacrificio entregando á las tijeras su graciosa cabellera, reconociendo que se habia apegado demasiado á este vano ornamento, y que una bagatela cautiva con frecuencia á un corazon que creia haberlo renunciado todo (1).

Sin duda alguna que despues de un acto semejante, el santo joven se hubiera apresurado á cambiar el traje seglar por el traje eclesiástico, si á ello se hubiera creído obligado; pero tan general era entonces el abuso, y tan grande la oposicion que hubiera encontrado por parte de sus padres, que la Iglesia creia no deber obligar en esta época al cumplimiento de esta ley. Esta tolerancia nos es-

(1) Recopilacion de la Madre Greffier, p. 10.

plica por qué el piadoso tonsurado continuó llevando el traje y la espada de caballero hasta el día de su admision á las sagradas órdenes; pero si no llevaba el traje exterior de los sacerdotes, no por eso dejaba de tener sus virtudes y su piedad. Desde entonces empezó á comulgar todos los domingos primeros de mes, luego mas á menudo, y hasta una vez por semana. Para hacerse digno de estas Comuniones tan frecuentes, se dedicó á moderar la escesiva actividad de su espíritu, á someter todos los movimientos de su corazon á la gracia, y á adquirir así esa paz interior, esa igualdad de espíritu, tan necesaria como favorable para adelantar en la perfeccion. Todos los dias era exactísimo en hacer la visita al Santísimo Sacramento, á las lecturas piadosas, así como á los demás ejercicios espirituales que se habia prescrito. Mientras que en las hermosas tardes del estío sus condiscípulos iban á pasearse por las pintorescas orillas del lago de Annecy ó por las hermosas praderas que le rodean, el santo joven se ocupaba en su cuarto en leer las vidas de los santos, hácia las cuales sentia un particular atractivo, comunicando despues con frecuencia á las personas de la casa lo que encontraba en ellas mas edificante. «Tia mia, decia á la dueña de la casa, que era muy anciana, hoy tengo una cosa muy buena que leeros;» y de este modo procuraba el bien espiritual de los otros al mismo tiempo que el suyo propio (1). Siempre tenia presente el recuerdo de su admision á las sagradas órdenes, y este pensamiento era para su alma un poderoso estímulo que le animaba á vivir cada día mejor; la consideracion de que por la ceremonia de la tonsura se habia entregado todo entero al mejor de los señores y que no se pertenecia ya á sí mismo, le inflamaba en un santo ardor, que procuraba aumentar repitiendo á menudo con alegría las palabras de su consagracion al sacerdocio: «¡O Señor! Vos sois la parte que me ha tocado en herencia; *Dominus pars hereditatis meae.*»

(1) Declaracion de Santa Juana Francisca de Chantal, art. 4.

Por su gusto se hubiera privado de todo descanso y distraccion para dar mas perfectamente á Dios todos los momentos de su vida; pero su preceptor tenia cuidado de enviarle á pasear los días de fiesta, y entonces, con mayor fervor que antes de recibir la tonsura, mezclaba los ejercicios piadosos con sus inocentes y alegres recreaciones. Se complacia, sobre todo en las mañanas de primavera, en llevar á sus condiscípulos á las hermosas colinas de las islas Hérier (1), y allí, elevándolos á Dios por medio del espectáculo de la naturaleza: «Empecemos, les decia, por invocar y bendecir al Señor, porque Él es quien nos ha dado este hermoso dia de recreo: *Deus nobis hæc otia fecit;*» «Él es quien ha hecho estos arbustos frondosos, estas graciosas praderas y estos encantadores arroyos, que se deslizan á nuestro lado con tan dulce murmullo;» y despues de una fervorosa oracion que recitaba en alta voz, se entregaba al juego ó se paseaba alegremente.

Las vacaciones del santo joven en la casa paterna no eran menos edificantes que sus paseos del colegio. Dios le habia dado tres hermanos menores, Galo, Luis y Juan Francisco, á los que miraba como tiernas plantas, que estaba obligado á cultivar como almas puras y corazones inocentes, que debia llevar á Dios y formar á la piedad. Se dedicó á ganar su afecto procurando complacerlos en todo, acomodándose á su carácter, prestándose á sus infantiles juegos; y aprovechándose despues del ascendiente que le daba sobre ellos este inocente artificio, les enseñó á orar, á amar á Dios, á que se amasen los unos á los otros, y, cual ángel bueno, dirigió sus primeros pasos por los senderos de la virtud.

La Señora de Boisly aplaudia el celo de su amado hijo, y le secundaba con todas sus fuerzas. «Hijos míos, les decia, imitad á vuestro hermano Francisco, seguid sus buenos consejos y haced todo lo que os diga.» Aquellos tiernos niños seguian los consejos de su buena madre, y por este

(1) Carlos Aug., p. 6 y 7.

medio la casa de Sales se hizo, no solamente un santuario de virtud, sino el modelo mas acabado del espíritu de familia, como tendremos ocasion de notar á menudo. La mas íntima cordialidad unía á todos sus miembros, de tal modo que no conocian mas goces en la vida que estar reunidos.

No obstante, lazos mas tiernos unieron ya desde entonces al joven Francisco con su hermano Luis. Los corazones de estos dos ángeles de la tierra se encontraron en tan perfecta armonía, que parecian no poder separarse. Luis estaba tan unido á Francisco como la sombra al cuerpo, y su mayor placer era seguirle y acompañarle á todas partes. En el trascurso de esta historia veremos los frutos admirables de sabiduría y piedad que resultaron de esta union (1).

CAPITULO III.

Francisco de Sales va á París á seguir el curso de Retórica y de Filosofía. Es combatido de una fuerte tentacion.

(1580 á 1586.)

Despues que Francisco hubo terminado el estudio de las humanidades en Annecy, el Señor de Boisy creyó debía enviarle á París, para que estudiara allí la Retórica y la Filosofía. Consideraba que en este gran centro de la enseñanza europea, su amado hijo encontraría maestros mas hábiles, lecciones mas estensas y profundas, rivales mas dignos de él, que desarrollarían con la emulacion sus naturales talentos, todo lo que puede completar la educacion de un jóven noble, destinado á vivir en el mundo y en la corte. Como la flor de la nobleza de Saboya habia sido educada en el colegio de Navarra, pensó que no podia hacer nada mejor que colocar allí á su hijo.

Informado Francisco del proyecto del Señor de Boisy, acogió con alegría el pensamiento de ir á concluir sus es-

(1) *Casa de Sales*, p. 246.

tudios á París, convencido de que encontraría allí mas medios para perfeccionarse en las ciencias y en las letras: solamente le afligia la casa donde su padre queria enviarle (1). El colegio de Navarra ciertamente tenia una fama grande, y muchos nobles seguian allí los cursos, pero se dedicaban muy poco á cultivar la piedad; se pensaba mas en formar caballeros capaces de brillar en el mundo, que en educar cristianos sólidos en la virtud; y el tener que frecuentar esta escuela alarmaba al piadoso joven. Por otra parte, sabia que el colegio de Clermont (2), dirigido por los Jesuitas, era una santa casa donde florecia la piedad, al mismo tiempo que la ciencia, y esta consideracion le daba en su corazon la preferencia sobre todas las demás ventajas. Pero ¿cómo inclinar á su padre á colocarle en una escuela que, por el solo hecho de no ser la de la nobleza de Saboya, se presentaba bajo un aspecto menos lisonjero para el amor propio? La dificultad de la empresa, que sentia vivamente, fue durante algunas semanas el tormento de su alma. Hablaba á Dios en sus oraciones, derramaba lágrimas noche y día, y al fin se decidió á confiar su pena á su querida madre. Se presentó á ella deshecho en lágrimas, y preguntándole ésta la causa de su afliccion: «¡Ay! mi buena madre, le contestó; es que me veo en peligro de perder mi alma. Si voy al colegio de Navarra, mi debilidad me dice que pereceré allí. Yo soy inclinado al mal; las malas compañías me arrastrarán; ¿y de qué me servirá la vana ciencia del siglo si me condeno? Hay un medio de conciliar el interés de mi instruccion con el de mi virtud, y es enviarme al colegio de los PP. Jesuitas. Estos son sábios y piadosos á la vez; me enseñarán las ciencias y el camino del cielo á un mismo tiempo, y me instruiré sin riesgo para mi salvacion. ¡Oh madre mia! añadió arrojándose á sus piés, yo os suplico alcanceis del Se-

(1) Carlos Aug., p. 7 y 8.—La Riviere, p. 24.—De Maupas, p. 18.

(2) Habia en París muchos colegios que llevaban los nombres de las diócesis que los habian fundado, como el colegio de Beauvais, de Clermont, etc.